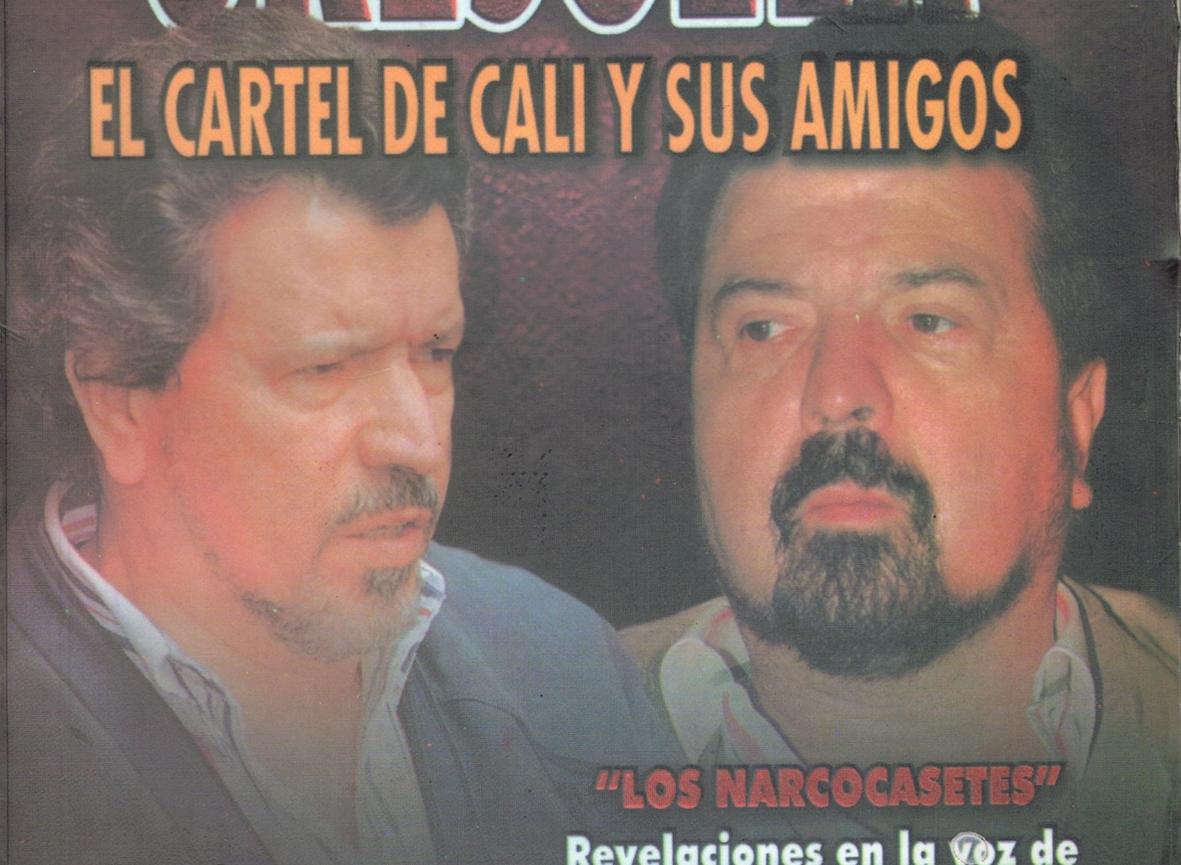


JUAN CARLOS GIRALDO

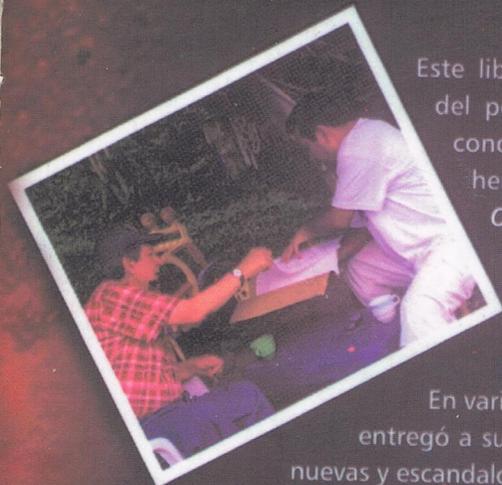
LOS RODRÍGUEZ OREJUELA

EL CARTEL DE CALI Y SUS AMIGOS



Ediciones Dipon
Ediciones Gato Azul

"LOS NARCOCASETES"
Revelaciones en la voz de
"El Loco Giraldo"



Este libro reúne el testimonio y revelaciones del periodista **Alberto "EL Loco" Giraldo**, conocido como el "relacionista" de los hermanos **Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela**, quienes fueron los jefes de una de las organizaciones de narcotraficantes más importantes del mundo: **El Cartel de Cali**.



En varias horas de grabación, **Alberto Giraldo** entregó a su colega y amigo, **Juan Carlos Giraldo**, nuevas y escandalosas revelaciones sobre el "Proceso ocho mil", los narcocasetes, los vínculos de la clase política y dirigente colombiana que hizo parte de los amigos de **El Cartel**, y muchos temas más, que integran la historia reciente de Colombia, vista a través de los ojos de este testigo privilegiado.

Juan Carlos Giraldo Palomo cursó sus estudios de periodismo en la Universidad de La Sabana. Actualmente es uno de los más reconocidos y destacados periodistas judiciales del país. Sus trabajos como reportero incluyen entrevistas a una docena de jefes de Estado. Ha efectuado reportajes y trabajos de investigación periodística en Haití, el Medio Oriente, Estados Unidos y diversos países de Suramérica.



Distintos medios de comunicación del país tales como **EL ESPECTADOR, TODELAR RADIO, NOTICIERO NACIONAL, COLPRENSA, NOTICIERO T.V. HOY, NOTICIERO CM&** han sido algunos de los escenarios de su actuación profesional.

Actualmente es el editor judicial de **RCN T.V.**

Obtuvo en cinco oportunidades el **Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar**.

Coautor de los libros "**Los amos del juego**" y "**El retorno de Pablo Escobar**". Autor de "**Cómo me infiltré y engañé al Cartel de Medellín**", "**Mi hermano Pablo**" y "**Yakuza, la mafia japonesa y la trata de blancas**".

Ediciones
**GATO
AZUL**



CONTENIDO

Introducción		11
Capítulo I	La última llamada	15
Capítulo II	Encuentro de hermanos	25
Capítulo III	«Voy a hablar»	31
Capítulo IV	Iván, el gran anfitrión	39
Capítulo V	Los altos costos de la política	57
Capítulo VI	Más plata para Samper y Botero	61
Capítulo VII	Samper, en la mira	65
Capítulo VIII	Todos recibían	69
Capítulo IX	Presidentes, marihuana y «Swingirls»	75
Capítulo X	Misa y «narcocasetes»	79
Capítulo XI	Teléfonos seguros	91
Capítulo XII	El «buenavida»	95
Capítulo XIII	Gómez sí, Lloreda no	101
Capítulo XIV	Santiago Medina, el que diseñó	109
Capítulo XV	«El Alacrán» pica a Botero	123
Capítulo XVI	Los capos en la cárcel	127
Capítulo XVII	Las reinas «modelando»	131
Capítulo XVIII	La vida social	135
Capítulo XIX	Peaje en «Éxtasis»	139

Capítulo XX	Vicente Fernández le canta al cartel	145
Capítulo XXI	Multimillonario chofer de bus	151
Capítulo XXII	El «EME», Navarro y el cartel	157
Capítulo XXIII	Los consentidos	163
Capítulo XXIV	Los grandes empresarios	167
Capítulo XXV	El primer amor político	175
Capítulo XXVI	Los Rodríguez banqueros	181
Capítulo XXVII	Los Rodríguez y el fútbol	187
Capítulo XXVIII	Negocio con Sabas Pretelt	193
Capítulo XXIX	La convención liberal	197
Capítulo XXX	La primera caída	201
Capítulo XXXI	La amante colombiana de «Isidoro»	207
Capítulo XXXII	La primera extradición	211
Capítulo XXXIII	El hombre que murió tres veces	217

Con
redact
un ex
entera

Ent
herma
fue co
y ritm
amist
Amist
confia

Lu
protag
amigo
«Gar
acon
a él ob
conta
mejor
segun

Capítulo X

Misa y «narcocasetes»

Los domingos, la vida de «El Loco» es un libreto que sigue al pie de la letra: junto a su familia y al perro de su casa, al que llama «Whisky»; se levanta bien temprano, termina de despertarse bajo una ducha caliente y sale a la calle a caminar una hora, vistiendo una sudadera roja del equipo de fútbol *América de Cali*. Visita la panadería de al lado, y regresa antes de las ocho con el periódico bajo el brazo y un pan francés recién hecho. Devora *El Tiempo* en todas sus secciones. Las noticias judiciales y las políticas son sus preferidas, pero no deja de lado las de trascendencia económica. Recibe llamadas constantemente. Se sorprende al comprobar que aún lo siguen llamando algunos políticos de antaño y otros en plena vigencia, periodistas de la vieja guardia, ex funcionarios públicos y uno que otro *lagarto* que todavía cree en sus buenos oficios. Sigue siendo un relacionista público.

«Whisky» es el único ser que lo acompaña en la lectura del diario. Uno de aquellos domingos, la noticia de primera página tiene que ver con una oferta más de los narcotraficantes del Norte del Valle para negociar con el Gobierno del Presidente Uribe.

—*Ojalá el Gobierno acepte, porque si no, esa gente va a terminar toda muerta,* —señala Alberto aludiendo a la crónica periodística que habla de la guerra en la que los nuevos capos del narcotráfico, antiguos colaboradores de los Rodríguez y los Urdinola, están enfrascados desde hace más de un año, por culpa de las delaciones. Giraldo cree que la mejor salida es la negociación con el Gobierno, pero que el principal obstáculo es, como siempre, Estados Unidos.

Colombia vive la expectativa de un nuevo intento de paz con los violentos. Esta vez, con los grupos paramilitares, algunos de cuyos jefes son presuntos capos de la droga, quienes montaron sus propios reductos antsubversivos. Varios narcotraficantes que figuran en los archivos o *indictamen* de la Justicia de Estados Unidos, figuran también en la mesa de diálogos con el Gobierno, en una zona rural del departamento de Córdoba, pero en calidad de voceros autorizados. Una ambiciosa propuesta del Presidente Uribe les brindó la posibilidad de salvarse de la temible extradición a cárceles de Estados Unidos, con la sola condición de entregar sus armas, dismantelar sus grupos y sentarse a la mesa a buscar un final feliz que termine con el paramilitarismo.

—*El problema es ese, que Estados Unidos no va a permitir que otros narcos se metan en el cuento y se salven de la extradición,* —analiza Alberto tras terminar la lectura del artículo—. *Bueno, tenemos tres horas para grabar, porque a las once me voy para mi Misa,* —advierte antes de medirse el nivel de su presión arterial con un aparato que sujeta al dedo índice derecho.

—*Hoy quiero que hablemos de los «narcocasetes»,* —sentencia.

Se acomoda en la poltrona de tela beige del lado izquierdo de la sala, suspira hondo y busca su propia memoria, cerrando los ojos. Los «narcocasetes» significan para Alberto Giraldo lo que para un futbolista significa anotar el autogol con el que su equipo pierde la final de la copa del mundo. Un recuerdo imborrable, atterradoramente eterno. Sucedió en mayo de 1995. El país político ardía por todas partes, y el rumor de la narco financiación de la campaña «Samper Presidente» se convertía, con el paso de los días, en una verdad inminente. Era el rumor a voces de los corrillos del Congreso, de los cócteles nocturnos, de las reuniones sociales, de los finales de velorios, de las comidas de la alta sociedad, de los almuerzos de ejecutivos, de las tertulias de periodistas y de las rumbas exclusivas.

Un miércoles a las cinco de la tarde, el chisme explotó como una bomba de gas en las manos de un niño. Las salas de redacción de todos los medios dieron por cierta y confirmada la existencia de un casete que contenía las conversaciones de los hermanos Rodríguez con el periodista Giraldo, sobre la forma como se había financiado la segunda vuelta a la Presidencia.

Alberto vuelve a la realidad de la sala de su casa. Pide un vaso con agua y alista una pastilla para seguir con precisión el tratamiento de su hipertensión. Toma el periódico de nuevo y lo tira en la mesa sin leerlo.

Los «narcocasetes» fueron el principio del fin de todos. De él, de los Rodríguez y de muchos de sus aliados políticos. Giraldo recuerda con absoluta claridad y precisión las fechas, con horas y minutos, de todo este episodio de los narcocasetes. Suspira hondo, acomoda las gafas, mira a un lugar fijo y desnudo de la pared de su casa, y comienza el apasionante relato de este pedazo de su existencia, que al mismo tiempo se convirtió en un tramo de la historia reciente de Colombia.

El primer nombre que se le viene a la cabeza, de los tantos que ha almacenado en su recuerdo, es el de su buen amigo Eduardo Mestre Sarmiento, un sagaz líder político santandereano, senador de la República, durante varios periodos, y quizá el más emprendedor y convencido de los dirigentes liberales que se echó al hombro la campaña «Samper Presidente».

Mestre Sarmiento quedó hundido en el mismo barco destrozado en que terminó convertido el partido liberal de entonces, en medio del *tsunami* que provocó el «Proceso ocho mil», tras conocerse las primeras pruebas de la infiltración de dineros del «Cartel de Cali» en las campañas políticas.

Mestre resultó siendo uno de los primeros capturados de la investigación penal, precisamente junto a Giraldo y a un supuesto testaferro de los Rodríguez Orejuela.

Otro nombre que Giraldo no puede evitar traer a colación, es el del entonces joven ejecutivo y político Fernando Botero Zea, gerente de la campaña de Samper, y promesa presidencial del Partido Liberal, para futuras elecciones. Hijo del afamado y cotizado pintor del mismo nombre, Botero Zea ya había saboreado un pedazo de la torta política, cuando en 1986 fue elegido al Concejo de Bogotá, en las mismas huestes del entonces candidato Samper.

Entre él y el futuro presidente existía una amistad que se vio fortalecida en los trajines de la contienda electoral; se reafirmó con la elección de Samper como presidente al nombrarlo Ministro de Defensa, pero se desmoronó como azúcar en el agua en el desenlace del escándalo político.

Botero terminaría siendo el enemigo acérrimo de Samper, convirtiéndose en testigo de cargo en su contra. Pero, por ahora Giraldo no quiere tanta historia, y sólo está interesado en el principio de todo: los «narcocasetes».

—El 18 de junio de 1994, me llama, a las siete de la mañana, Eduardo Mestre, diciéndome: «Mira estoy con Fernando Botero, y resulta que hay un problema muy grave». Eduardo manifiesta que hay unas grabaciones mías, y que es mejor que vaya para la oficina del candidato. Le respondo, bueno ya voy para allá. Me baño, y a los 20 minutos vuelve a llamar diciendo: «No, mira, mejor vete para mi casa porque vamos Fernando y yo para allá».

Me vestí con lo primero que encontré en el armario y, más que preocupado impaciente, salí a toda prisa. Por el teléfono Eduardo no quiso anunciarme nada, y mucho menos soltó algún detalle o pista que me permitiera hacerme una idea de lo que estaba pasando. Llegué casi con desesperación. Entonces, sin saludarme, Eduardo me pone la cinta en un equipo de sonido y yo digo: ¡Ay jueputa! Un frío me recorrió el cuerpo en segundos y sentí que el suelo de la sala en la que estábamos parados los tres, se abría a mis pies. Era mi voz, la de Miguel, la de Gilberto. Éramos los tres hablando del dinero de la campaña. Eran muchas conversaciones, que cubrían un ciclo de dos o tres semanas, en las que se hablaba rigurosamente de la financiación de la campaña presidencial en su segunda y definitiva vuelta en 1994. Dónde estaba llegando la plata, de dónde la estaban mandando. Habían grabado inclusive una conversación que sostuve con el candidato en los días previos a la elección de la segunda vuelta.

El presidente Samper me invita a mí el jueves 16 de junio de 1994; me invita a desayunar el candidato Samper y me dice: mira,

dile a tus amigos que la misión está cumplida, que vamos a ganar y que yo cumplo. Y dale la gratitud. La última llamada es esa, jueves 16 de junio.

Entonces le digo a Eduardo, bueno yo quiero hablar con el candidato y él me dice que no, que él no quiere hablar. Yo le insisto y le digo que lo voy a llamar, que necesito hablarle. Mestre me dice, «Oye estamos en un lío muy grande». Y es cuando me propone que llame al noticiero de Pastrana, TV-Hoy, para que trate de impedir que armen escándalo con los casetes. Le dije, vamos a ver. De inmediato me fui, pero a buscar a Samper. Lo encontré en su penthouse de la calle 70, abajo de la circunvalar, al oriente de Bogota. Me reuní 5 minutos con él. Lo noté muy preocupado; estaba solo, pues nadie más salió a la sala. Vestía sencillo y me hizo pasar a su despacho privado, al lado de una terraza. Al verlo tan cabizbajo, de entrada le dije: presidente, mira, yo nunca hablaré de este tema. Para mí está muerto. El estado de ánimo del candidato no daba para más. Me despedí y salí raudo para donde Álvaro Pava, que vivía a pocas cuadras de allí, sobre la carrera 7 con calle 93, en un complejo de apartamentos en que también residían otros conocidos políticos liberales. Como era el jefe de debate, el director político de la campaña del doctor Pastrana, sospeché que a esa hora iba a estar en su casa atendiendo visitas de toda clase. Por eso me fui a la fija, además porque éramos muy buenos amigos de tiempo atrás. Amigos en la política y en el periodismo. De una le solté el motivo de mi inesperada visita. Le dije mira, me acaban de informar que hay unas grabaciones con la voz mía y las de Gilberto y Miguel Rodríguez, en las que le ofrecemos plata al «Gordo». Pero en esas grabaciones no aparece la oferta que se le hizo a Andrés. Le dije que él sabía que yo les había ofrecido y que le había dado muy poquita plata a Andrés, pero fui yo por cuenta de los Rodríguez porque yo no gastaba

plata mía,
escándalo
si TV-Hoy
me contest
por todo e
en cualqui

Ese día
precisame
vispera de
como jefe
Pastrana.
espera de
las 9:30
ninguno a
A la medi
staff de la
fútbol y, c

Estuvia
Alberto M
Claudia a
Durante
momento
Pava, es
domingo

Giraldo
una llam
para, ca
queso, u
princip

plata mía, sino por cuenta de ellos. Como esto va a ser un escándalo muy grande, yo te ruego el favor de que me averigües si TV-Hoy va a hacer uso de esas grabaciones esta noche. Pava me contestó: «Andrés está volando en un avión de Aerorepública por todo el país, rematando campaña, pero voy a hablar con él en cualquier momento, y miraremos a ver qué pasa».

Ese día dediqué mi tiempo a hacer toda clase de gestiones, precisamente para que los medios no publicaran la noticia en víspera de las elecciones. Mi prioridad era el doctor Pava, pues como jefe de campaña estaba en permanente contacto con Pastrana. A las nueve de la noche me senté frente al televisor, en espera de la emisión ordinaria de TV-Hoy, que se transmitía a las 9:30 pm. Mi tensión se desvaneció al comprobar que en ninguno de los titulares se hizo mención al tema de los casetes. A la media noche volví a buscar al doctor Pava y supe que el staff de la campaña se había reunido a presenciar un partido de fútbol y, obviamente, a hacer el análisis final de la campaña.

Estuvieron todos: el candidato Pastrana, Juan Hernández, Luis Alberto Moreno, Camilo Gómez, Víctor G. Ricardo, y la señora Claudia de Francisco, quien oficiaba como gerente de la campaña. Durante el encuentro Andrés se declaró ganador, y en ningún momento se tocó el tema de los casetes, según me lo contó Álvaro Pava, esa noche a las once. Y así nos fuimos a las elecciones el domingo. Y ganó «El Gordo».

Giraldo suspende el relato. De pronto recuerda que debe hacer una llamada a un amigo, un ex ministro que está hospitalizado. Se para, camina hasta la cocina; de la nevera saca una porción de queso, una de bocadillo, come un poco y se va hasta la habitación principal a buscar el teléfono. Habla durante varios minutos,

concreta una cita para el día siguiente, y regresa a retomar los hilos de su pasado. Su pensamiento vuelve a ese lunes de junio de 1994, ya elegido Samper presidente, y cuando ya gran parte de los medios de comunicación del país tenían en su poder los temidos casetes que iban a desatar el escándalo político más grande del siglo XX, y a poner en tela de juicio la dignidad de la clase política colombiana.

—Ese lunes supe que el jefe de la DEA en Bogotá, Joe Toff, había hecho distribuir el casete a todos los medios de comunicación, comenzando por el noticiero «24 horas», que se transmitía de lunes a viernes a las siete de la noche, y era el noticiero de la familia Gómez Hurtado. Presentía que, esta vez, mi tarea de evitar el escándalo en los noticieros de entre semana, no tendría el mismo éxito que tuve con TV-Hoy, especialmente cuando me enteró que Toff le había entregado las primeras copias de las grabaciones a una periodista judicial de «24 Horas». Poco a poco me fui enterando de muchos detalles relacionados con los casetes. Por ejemplo, que los grabaron en un mezanine de la DIJIN, organismo de seguridad adscrito a la Policía, cuya dirección se la habían confiado al general Jairo Rodríguez, creo que con la supervisión del propio Joe Toff. Esa oficina la conformaban un mayor, procesado después por homicidio, un teniente que también tuvo problemas años más tarde, y dos sargentos de la Policía. Ellos manejaban el departamento de grabaciones con dos agentes de la DEA.

Eran momentos de gran agitación política. La campaña presidencial de los candidatos Samper y Pastrana había dividido a todos los estamentos de la sociedad. Tanto que el ministro de Defensa, el doctor Rafael Pardo era un liberal muy asociado al presidente César Gaviria, pero, su esposa Claudia de Francisco,

era la gerente de la campaña Pastrana. Con este título había logrado organizar a un grupo grande de esposas de los mandos militares que hacían abierto proselitismo a favor del candidato Pastrana. Esta situación fue fatal en el tema de los casetes, porque el general Jairo Rodríguez, el mismo jefe de la DIJIN, se encargó de entregarle al general Fabio Campos Silva, sub-director de la Policía, el casete de mis conversaciones con los hermanos Rodríguez. Como es natural entre el director de la policía de entonces, general Vargas Silva, y el sub-director Fabio Campos Silva, había una rivalidad de mando, que facilitó el escándalo.

El general Rodríguez, envió el casete al general Campos Silva, en vez de haberlo entregado al director de la institución. Y el sub-director que no ocultaba su simpatía por Pastrana, decidió pedirle audiencia al ministro de defensa Pardo Rueda, sin informarle a su superior inmediato.

El ministro Rafael Pardo Rueda recibió el casete el miércoles anterior a la elección, es decir el 15, y se los llevó para su casa, en el barrio Santa Ana del oriente de Bogota. Y claro, lo primero que hace es contarle a su mujer, Claudia de Francisco, quien como ya dije hacía parte del staff de la campana de Pastrana, más exactamente la gerente administrativa. Es ella, la señora Claudia de Francisco, la que se sustrae el casete con las conversaciones. Y, lógicamente, ella lo entrega el jueves en la mañana al candidato Pastrana.

Alberto Giraldo parece incomodarse con el tema. Se le nota la rabia recordando aquel episodio. Se mueve constantemente y parece no haber en la silla. Reflexiona y concluye.

Juan Carlos Giraldo

—O sea que el candidato Pastrana no dijo la verdad cuando reveló que le habían entregado los casetes en una esquina en Cali...

Giraldo recuerda las diferentes entrevistas del candidato conservador, ya derrotado, durante las cuales explicó que en el lobby de un hotel de Cali, en una de sus giras, un anónimo le entregó los casetes en un sobre de papel manila, aparentemente a través de su jefe de seguridad, un mayor de la Policía que años mas tarde se convertiría en el jefe del DAS, la policía secreta de la casa de Nariño, cuando Andrés Pastrana logró la presidencia un periodo después.

—Esa es la historia de los famosos narcocasetes. Esa es la historia de cómo llegaron esas grabaciones a manos del candidato Pastrana. Es la esposa de Pardo la que se las entrega. Y entonces el candidato conservador se va para donde el presidente Cesar Gaviria y se las entrega.

Así concluye Giraldo, con gesto de rabia, su narración sobre los «narcocasetes».